

Vicente Blasco Ibáñez

EL GRAN LAMA

(*El Pueblo*, 22-8-1904)

El día 3 del presente agosto, ocurrió en Asia un gran hecho histórico, al que apenas si ha prestado atención el mundo, preocupado como está por la guerra ruso japonesa.

Una columna de tropas inglesas de la India, al mando del coronel Younghusband, después de dos meses de penosas marchas y de pasar ríos como el Brahmaputra de ciento cincuenta metros de anchura, ha llegado a Lhasa, la capital del Tíbet, apoderándose de esta misteriosa ciudad, residencia del dalái lama.

El gran lama es el representante de Buda sobre la tierra, el papa oriental, al que obedecen ciegamente muchos millones de seres, todos los budistas, que son infinitamente superiores en número a los católicos, y aun a los cristianos en general.

Lhasa, la Roma budista, era uno de los pocos rincones de la tierra que aún existen cerrados a la curiosidad humana. Solo dos viajeros europeos, Huc y Gabet, disfrazados hábilmente y después de haber aprendido la lengua y costumbres del país, habían podido visitarla arriesgando su vida entre la ferocidad de los fanáticos.

El Tíbet es un misterio. Desde la Edad Media en que la audacia de los mercaderes venecianos columbró las magnificencias de este reino de monjes, que viene hablándose del gran lama, de su ciudad situada en lo más alto del Tíbet, envuelta en el misterio de las nieves eternas, de sus aéreas pagodas de techos de oro y campanillas colgantes que vibran al más leve soplo del viento, poblando el espacio de argentinas escalas: del palacio del pontífice, en el que vive el representante de Buda como un semidiós guardando los seculares secretos de la sabiduría indostánica y en torno del cual se agitan como abejas en colmena veinte mil monjes budistas renovándose para esparcirse por toda el Asia después de terminados sus estudios.

¡El Tíbet!... ¡Qué imágenes evoca este nombre! Ante el secreto que lo envuelve desde hace más de treinta siglos, se estrella la curiosidad europea, deseosa de desentrañar los enigmas de la historia. Cuando el pueblo judío andaba errante por el mundo, sin haber constituido aún nación; cuando todavía no habían nacido los remotos abuelos de Jesús y comenzaba apenas a balbucear el pensamiento humano en las risueñas islas del mar de Grecia, ya existía el Tíbet lo mismo que hoy, con su dalái lama, y sus monjes estudiosos, anotando y desentrañando la vida del gran Buda, el

glorioso Sakia-Muni, que siendo príncipe abandonó su palacio de puertas de oro, sus tesoros, las trescientas beldades de su serrallo, los elefantes y los vistosos ejércitos, para vestirse una mortaja y confundirse con los parias, con los desgraciados, predicando la moral de la fraternidad humana y el desprecio a las pompas y goces de la vida. Muchos siglos antes de que naciera Cristo, ya existía en el mundo, por obra de Buda, una moral más amplia y dulce que la del cristianismo y que lleva sobre esta la ventaja de la originalidad. El hijo del carpintero de Nazaret no hizo más que transportar al Occidente, en una época falta de comunicación intelectual, lo que era ya en Oriente una doctrina afirmada por muchos siglos de existencia. La misma vida de Jesús no fue más que un calco de la de Buda, con la diferencia de que el judío procedía de abajo y maldecía las grandezas de la vida sin haberlas poseído ni conocerlas. Mientras que el ex-príncipe Sakia-Muni descendía de un trono para sacrificarse por sus semejantes.

En el Tíbet ha existido durante más de treinta siglos el pensamiento budista, encerrado en fórmulas secretas y cabalísticas, que han dado origen en Europa al teosofismo, al ocultismo, y a otras creencias importadas por los viajeros de las Indias. Los teólogos alemanes que estudian hoy los orígenes del cristianismo a la luz de la razón, se sienten atraídos por el misterio del budismo, árbol secular con cuya savia creció y se nutrió la doctrina de Jesús. Y hay quien, fijándose en la laguna del misterio que existe en la vida de Cristo, desde los doce años a los treinta, época de la que nada se sabe, ignorándose dónde estuvo el gran poeta judío de la moral, y que hizo, supone no sin probabilidades, que pudo estar en el Tíbet como monje budista, nutriéndose de la moral indostánica, que llevó luego a su país como una revelación divina.

El budismo, como todas las doctrinas morales que se cristalizan, tomando la forma inmutable de una religión, ha perdido, como el cristianismo, su pureza primitiva. La grandeza de Buda ha servido para que el dalái lama haya reinado como un soberano durante treinta siglos en el Tíbet, prolongando en plenos tiempos de civilización esta monarquía monástica propia de épocas remotas.

La expedición inglesa ha dado fin a este reinado de monjes. El misterioso Tíbet queda abierto al mundo. La ciencia no tardará en aprovecharse de ello y los sabios podrán, sin peligro alguno, aproximarse a ese libro cerrado durante treinta siglos, cuyas páginas acaban de ser abiertas por las bayonetas británicas.

La buena suerte de todas las expediciones coloniales de los ingleses ha acompañado a la columna del Tíbet. Compuesta de *Goorkhas*, nombre que llevan los batallones de cazadores de la India mandados por oficiales ingleses, podía por su escasa

fuerza numérica haber sido destruida en el paso del caudaloso Brahmaputra o en esos desfiladeros del Tíbet, abruptos y cubiertos de nieve, por donde trepan las cabras de sedoso vellón que llevan el nombre de la famosa cordillera. Cuarenta mil montañeses fanáticos están a las órdenes del dalái lama, dispuestos a morir por el gobierno de los monjes pero el papa oriental, semejante al papa cristiano cuando vio las bayonetas italianas ante Roma, ha evitado toda resistencia, sabiendo que aunque momentáneamente alcanzase una victoria, esta sería inútil, pues solo atraería una invasión más fuerte.

El dalái lama se ha limitado a enviar a los ingleses amenazas y conminaciones con la promesa de la cólera divina si seguían avanzando. Pero al ver que la columna británica aparecía el 3 de agosto ante Lhasa, avanzando impávida, sin miedo a la venganza de Buda y los anatemas de sus monjes, el gran lama ha abandonado su ciudad, las pagodas doradas con sus fantásticas sinfonías de campanillas, los conventos llenos de manuscritos, refugiándose con sus más allegados en una aldea situada en lo más abrupto del Tíbet, donde permanecerá con aires de prisionero que protesta, como su colega de Occidente permanecerá en el Vaticano.

Ha caído la última monarquía religiosa de la tierra. Acaba de hundirse para siempre una teocracia secular.

El 3 de agosto es para el budismo lo que el 20 de septiembre para los católicos. Se acabaron los papas reyes.

El buen Dios va a verse en un nuevo compromiso.

Hace treinta y cuatro años que Jesús le pide que castigue con su cólera a la impía Italia, por el delito de haber privado de sus estados a su representante en la tierra el sumo pontífice: y ahora sentirá nuevo fastidio, al ver que incesantemente le tira de la manga el gran Buda, que también es de familia celeste, exigiéndole que castigue a Inglaterra por su atrevimiento con el dalái lama.

El buen Dios, siempre ocupado en la paternal tarea de meter gente en el infierno, proteger guerras y enviarnos enfermedades, aún tardará un poco a ocuparse en estos asuntos.

Y mientras tanto, la masónica Italia y la hereje Inglaterra, no lo pasan del todo mal. Tienen la buena suerte de que en este mundo de perdición parece acompañar a todos los que se ocupan poco de Dios y se ciscan en sus representantes.